

MIGUEL DE VALENCIA

## GLOSAS DE LA CULTURA ACTUAL

---

Ha fallecido el que fuera rector vitalicio de la Universidad de Concepción. Con el tiempo, la obra de don Enrique Molina creció en extensión y profundidad.

Combinó su magisterio con las delicadas especulaciones filosóficas. En sus libros está resumida su postura humana, típica de un idealismo romántico.

Enrique Molina afrontó el tema filosófico del morir, llegando a situarse en avanzadas estribaciones del más alucinante de los problemas metafísicos. Leyendo sus meditaciones, entendemos que el sentido de la muerte se ilumina en sus profundidades inasibles, cuando le proyectamos los resplandores de la vida, de esa vida que constituye el programa del hombre.

Este gran chileno, ahora desaparecido, refiriéndose al morir inevitable, escribió las siguientes palabras: "Para entender la muerte y enfrentarla no nos quedan, como para todos los problemas de la tierra, nada más que nuestras virtudes, sobre todo las del valor y la bondad".

Casi toda su obra tiene una orientación normativa. Algo así como decirle al hombre que la vida, desde sus orígenes de milagro y olvido, busca un sentido, creando un clima espiritual en donde sean posibles sociedades cada vez más felices y mejor organizadas.

Su idealismo romántico le dio energías para resolver innumerables problemas pedagógicos. Cuando un hombre profesa la idea de que todo es posible en la vida, los caminos se limpian de dificultades. Además, esa concepción eufórica confiere energías para que todo lo problemático resuelva sus incógnitas.

Enrique Molina decía a sus alumnos que el vivir es actividad pura, programa. Y que a través del fluir existencial el hombre se completa en un impulso de alcanzar objetivos cada vez más amplios y significativos.

Siguió con inteligente penetración todos los movimientos filosóficos. De ellos obtuvo conclusiones de alto valor formativo, ya que la Filosofía puede convertirse en feliz encauzadora de muchas inquietudes que bullen dispersas o que no habían vibrado todavía.

Al valorar las producciones de pensadores contemporáneos, fue sentando las bases para futuras sistematizaciones. Su espíritu de filósofo y profesor le

enseñó la manera de introducir orden y claridad en muchos aspectos del convivir.

Ahora que su espíritu navega por los mares de la muerte, sólo cabe recordar su voz y su gesto, recoger algunas de esas enseñanzas que andan dispersas en sus libros.

La claridad fue una de sus máximas virtudes. Por eso, sus libros, trazados con noble ingenuidad de corazón, nos muestran al hombre tal como se realizó en sus horas de severa meditación.

Se ha dicho que el filósofo, cuando lanza sus finos reteles de profundidad, pesca, sin duda, pero al mismo tiempo se queda enredado en sus propios mecanismos. Eso no le sucedió a don Enrique Molina.



Vivir en plena euforia, sin dolencias, ha sido el gran deseo del hombre. En la historia de los pueblos de América, abundan ciertas alusiones de tipo higiénico y curativo. Y allí, los dioses dulces y vengativos, las diosas maternales y furibundas.

Tlazolteotl fue una de esas divinidades femeninas, de ojos azules e inquisitivos. Los conquistadores españoles la llamaron "comedora de inmundicias", porque limpiaba al hombre de sus impurezas mediante el acto de la confesión.

Los primitivos artistas aztecas la pintaron en altares y cavernas. Fue para ellos la protectora del parto, el faro de la Medicina.

Era lógico que se le diera tanta importancia, ya que el alumbramiento es una función que perpetúa la vida y ensancha los horizontes de la especie.

En los muros de una vieja ciudad se grabaron escenas muy significativas. Aquellos muralistas del siglo IX representaron a un "médico" con todos los atributos de su delicada misión.

Un indio letrado escribió los conocimientos de entonces acerca de la herbolaria terapéutica. Notables son los méritos atribuidos a determinadas plantas. En tales digresiones se adelantan varios principios de la actual homeopatía.

Después de la conquista los indígenas, conocedores de las antiguas culturas, pintaron el "Códice Florentino", que atesora numerosos dibujos de sumo valor. Esas viñetas nos explican cómo se curaban las heridas. Partiendo de esos datos gráficos es posible formar una lista de los "casos" más frecuentes. Tales, por ejemplo, llagas en el pecho, flemones, luxaciones, bubas y jorobas.

En la isla cementerio de Jaina se encontró una cerámica de poco valor artístico, pero significativa para la historia de la medicina prehispánica. En su convexidad, un artista anónimo dibujó una escena concreta: el caso de una operación quirúrgica bajo la acción de un anestésico.

Hoy día sabemos que los pueblos primitivos de nuestra América tuvieron conceptos claros del arte curativo. Atacaban las dolencias de los dientes con ungüentos fabricados de manera curiosa. La placenta de las llamas y el cerebro de gaviota gozaron de fama, sobre todo el de alumbramiento y desinfección.

El uso de la cantaridina tuvo adeptos. Más de una muerte extraña debióse, sin duda, a dosis indiscriminadas de alcaloides poco conocidos.

Entre las prácticas curativas de aquellos seres está, como diluida, su concepción de la vida y de la muerte, los dos polos soberbios que orientan a los individuos conscientes, viscerales, existentes en definitiva.

La Historia de la Medicina en América está siendo redactada por un grupo de especialistas.



El Director del Museo Antropológico de Calama, don Lautaro Núñez, publica en la Revista del Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile un trabajo de investigación, referido a los "Keros". Esta palabra se utiliza para denominar a los vasos de greda y, especialmente, de madera.

Tales joyas arqueológicas, de las cuales algunas notas históricas fueron dadas por los cronistas españoles, exhiben formas y adornos típicos: un diámetro bucal superior al de la base, rodones, bandas, figuras humanas y de animales.

Refiriéndose al grupo de "keros antropomorfos", el investigador escribe: "Los nueve ejemplares que reúne este tipo son muy homogéneos al representar en el borde bucal el labrado de un diminuto personaje a manera de mango. Están generalmente encucillados, como sentados en el borde, con sus manos apegadas a las rodillas, luciendo una gran cabeza, desproporcionada con respecto al cuerpo y adornada con sombreros".

Anotemos que en la Revista de Antropología se reproducen láminas fiel y bellamente trazadas.

Sorprende el cúmulo de observaciones del investigador Lautaro Núñez. En función de sus notas eruditas, nos damos cuenta de la evolución artística y social de un grupo de hombres, soñadores en lejanas centurias, que depositaron en unas formas y en unos dibujos la inquietud de su espíritu. Con razón se ha dicho que la Antropología es la más humana de las ciencias, quizás la de mayor rigidez.

Se han exhumado vasos que tienen sus paredes no uniformes. Están sustituidas por un gran rostro humano, labrado con plena naturalidad, destacándose la fisonomía del personaje. He ahí el "Kero-retrato".

¿Para qué servían esos vasos de greda o de madera? Valiosa, sin duda, es la reproducción de una de las conclusiones del antropólogo chileno.

"Los "keros" y, específicamente, los decorados, han desempeñado funciones ceremoniales, en las que intervenían personajes seguramente de mayor prestigio social. Pensamos que estos actos de culto debieron guardar relación con las bebidas fermentadas, debido a que el 35 por ciento de los vasos estudiados conserva los restos y la pigmentación inherente a la descomposición de vegetales (maíz)".

En todas las literaturas se menciona la existencia de vasos encantados, símbolo de preocupaciones metafísicas. En los "Keros" chilenos existe ese

hálito, entre sentimental y mágico. Se bebía en los vasos, para ofrecer aquiescencia a los dioses fabulosos, para rendir honores a la deidad solar.

El trabajo de Lautaro Núñez, llevado a efecto con sumo rigor científico, nos sitúa en los umbrales de unas formas de vida hechas realidad en varias zonas de nuestro territorio nacional.



La palinodia y la sátira son dos formas de malabarismo intelectual. Un poeta mendigo, Stechicore, compuso una canción irónica, para reírse de la perfección formal de Helena, mujer que, con su intuición, se había adelantado a las técnicas amatorias del Renacimiento.

Los hermanos de la beldad lo sometieron a tormento. El poeta tuvo que rehacer el poema. Sustituyó las injurias por elogios. Su obra fue una especie de salto atrás, un canto en el vacío, en sentido contrario. Los griegos dieron a esta acción el nombre de "palinodia".

Stechicore siguió urdiendo sus canciones, les dio un sentido hermético, indirecto, como si estuviese inspirado por la gracia y misterio de muchos oráculos. A partir de ese momento, los conceptos velados hicieron fortuna. Y la literatura griega se fue complicando.

Los poemas de Safo y Corina, escuetos en su forma, frondosos en significaciones, son un precioso antecedente de la poesía hermética, de la poesía-plegaria, tan sólo comprendida por los seres iluminados y limpios de corazón. Claro está que, a veces, entre los hipotéticos vates herméticos se cuelan algunos representantes de la incapacidad poética. Entonces se impone el uso y abuso de un delicado cedazo conceptual. ¡Gran placer el de cazar a pobres diablos entre las presuntas imágenes de algún dios tonante y misterioso!

La evocación de los sinsabores de aquel poeta griego, que enriqueciera el léxico irónico, nos conduce a los dominios de la literatura como oráculos, y nos hace abordar los dominios del hablar encubierto.

En sus puertas de acceso se yerguen fuertes y delicados guardianes, se agolpan las figuras lógicas y los mecanismos expresivos, las cristalizaciones semánticas y las primeras lanzas enhiestas de la Estilística.

De Stechicore se publican ahora, traducidos al castellano, sus mejores poemas, insertos en una edición de Píndaro.

Sin duda, el verdadero nombre del poeta era Tisias. Stechicore es un pseudónimo, un nombre impuesto por sus contemporáneos, aludiendo a sus funciones de regulador de coros. Los poemas de este griego son verdaderas epopeyas líricas. Pocos le superaron en la composición del epitalamio. Su concepto de la palinodia no va más allá de las gracias irónicas. Pero, al correr del tiempo, se ha convertido en un ejemplo de mediocridad espiritual.

De la palinodia se llega a los umbrales de la hipocresía. La palabra "hipocresía" tuvo originariamente la significación de "intérprete de un sueño". En nuestros días denota a la persona que finge como si fuera un actor. A los primitivos actores se les dio el nombre de farsantes, porque representaban la

“farsa”, equivalente a discurso lleno de embustes. Ahora, un farsante es una persona que finge lo que no siente, que aspira a representar lo que no es. Hay que dejar a Stechicore. Nos iríamos lejos.



Una finalidad concreta persigue el “Diccionario de Celebridades”, que anuncian las editoriales europeas. Se quiere disminuir el significado de los rancios tratados de nobleza.

En casi todos los países se han realizado encuestas para seleccionar a cuatro mujeres, con suficientes pergaminos. Todavía no se ha llegado a un acuerdo, porque la ecuación patriótica de los jueces se instaure en zonas comprometidas. Y entonces, el análisis reposado se convierte en airada discusión.

Ahora se nos ocurre lanzar algunos datos en torno a ciertas mujeres, cada una de ellas famosa a su manera.

Annie Besant fue una revolucionaria y teósofa inglesa. Durante muchos años protegió a Krishnamurti, joven apuesto, que se presentaba como un iluminado en los escenarios y en las universidades de Inglaterra y de Estados Unidos.

Curiosa en extremo la vida de esta mujer. Pudo departir algún tiempo con el joven “mesías”, con el individuo impecable que exhibía el último modelo londinense, guantes perla y corbata de mariposa.

Mariana, La Malinche, fue una india mexicana de singular belleza. Ayudó a Cortés en la conquista de México. Los rasgos épicos de la guerra y los detalles de un amor inquieto hicieron de esa mujer un indiscutible valor entre las celebridades femeninas.

Manuela Sáenz, patriota quiteña, conoció a Bolívar. En cierta ocasión consiguió salvar al extraordinario militar. Por esta razón se le ha llamado “Liberadora del Libertador”.

Friné, cortesana griega, sirvió a Praxíteles como modelo de sus estatuas. La historia recuerda que esta beldad, acusada de impiedad, estaba a punto de ser condenada. El defensor, frente a un caso perdido, la despojó de su manto, que la cubría, y los jueces, deslumbrados por su belleza, pronunciaron la absolución. Esto ocurrió cuatro siglos antes de Cristo.

Safo de Efeso, tierna e íntima, escribió poemas sensuales, sin ser una hetaira. No era bella. De piel aceitunada, baja de estatura. Pero le fue dado el prodigio de crear belleza, de alegrar los corazones.

Tuvo discípulas, y las amó con un amor celeste. La imagen de Safo fue grabada en las monedas. Ciudades lejanas levantaronle estatuas. Los poetas le dirigieron inspiradas invocaciones. Y sus cantos han permanecido en la memoria de los hombres.

Los perfiles de la celebridad evolucionan con el tiempo. Los realizadores de “Diccionarios” y de “Antologías” juegan en los recintos célebres. Tal vez se desorientan en las cuatro esquinas de la duda.

Esperemos que esa publicación anunciada sea una realidad.